

ASPECTOS DE LA TRANSITIVIDAD SIMBOLICA

«... en todo lo que vea, verá su cara; en cada átomo verá el todo.»

(FARID UDDIN ATTAR, *Coloquio de los pájaros*)

El mundo en sus partes y en su unidad total se nos aparece como un sistema de símbolos que se simbolizan simbólicamente. Juego especular, símbolo de símbolos, reflejo de reflejos, a esta característica del sistema simbólico la llamamos aquí transitividad simbólica, y viene dada por la unidad y totalidad del sistema simbólico mismo, el cual, frente a cualquier dispersión o disgregación de sus elementos, confiere a éstos el horizonte de inteligibilidad bajo el que cobijarse en cuanto que miembros de la totalidad y unidad. Precisamente, esa totalidad y unidad de los elementos simbólicos acaece por traer ellos a la presencia (simbolizar) la Unidad y Totalidad mismas.

Mostraremos sucintamente algunas de las correlaciones y confluencias —denominadas aquí bajo el epígrafe de transitividad simbólica— habidas entre los símbolos tradicionales. Con ello hacemos referencia a la cualidad por la que los contenidos simbólicos, dentro del pensamiento tradicional, confluyen unos en otros, interrelacionando sus significados y dando lugar a una red de coordenadas donde los sentidos se transparentan mutuamente. Por tanto, las intersecciones e imbricaciones de los diferentes símbolos componen una constelación en la que ningún sentido simbólico permanece aislado, sino que todos se trasvasan en todos, reflejan a todos. Esta solidaridad de sentidos —su no aislamiento— es lo que llamamos transitividad simbólica. Pondremos un ejemplo de esto mismo. Uno de los casos más paradigmáticos de lo que es una cadena o serie simbólica viene dado por el símbolo de la piedra en cuanto que fundamento. En efecto, la piedra (piedra fundamental, piedra angular, *lapsit exillis*, even chitiva, etc.) aparece simbolizando todos los aspectos que hagan referencia a la posibilidad de edificación y construcción, en su sentido más integral y totalizador,

como le corresponde al simbolismo tradicional¹. En breves palabras, la piedra instaaura ámbitos de sentido. De ahí que la transitividad del símbolo piedra se ponga en funcionamiento estableciendo una cadena en la que la piedra genera el símbolo casa como lugar habitacional y religador, ya que está fundamentado (prescindimos ahora de los múltiples significados de los símbolos de la piedra y la casa). El sentido simbólico de la casa es extrapolable a otros ámbitos simbólicos adyacentes, y tenemos, así, que a la piedra y a la casa se le añaden los símbolos, entre otros, del templo y la ciudad. La riqueza simbólica del templo y la ciudad forma ya una plétora significativa que culmina todos los contenidos simbólicos latentes o expresos en la piedra. El templo o la ciudad son fundamentos espirituales de la realidad, y por ello mismo, ejes o centros esenciales, puntos religadores de la Tierra con el Cielo, de lo sensible con lo inteligible, formas de enlace y sostenimiento de la comunicación entre el mundo inferior y el superior. Dentro de este orden de cosas se comprende cómo de una piedra Jacob posibilitó la construcción de Betel —la casa de Dios— y cómo esa misma piedra sirvió de fundamento al templo de Salomón; se comprende cómo una piedra puede ser la Caaba, el centro y fundamento del mundo; o cómo una ciudad, Jerusalén, se convierte en un complejo simbólico que abarca todos estos significados: centro del mundo, lugar de religación, fundamento de habitabilidad e inhabitación misma de lo inteligible o espiritual: Jerusalén tiene su correspondencia con la Jerusalén celeste como la piedra fundamental tiene su correspondencia con la piedra angular (la piedra de lo alto). Ahora bien, el simbolismo de la piedra, como todo simbolismo auténtico, es integral y totalizador; y esto quiere decir que el contenido fundamental y axial que este símbolo posee, actúa en todos los ámbitos de la realidad. Y uno de esos ámbitos es la espiritualidad del hombre, esto es, su esencia inteligibilizadora. En este sentido, la piedra adquiere en el hombre el significado de piedra filosofal, de templo del Espíritu Santo, y en virtud de todo este simbolismo axial, en el hombre la piedra confluye en el símbolo del corazón como centro espiritual del ser humano. Es decir, la transitividad simbólica de la piedra nos ha llevado hasta el símbolo del corazón. Por tanto, la secuencia simbólica piedra-casa-templo-ciudad sufre una intersección por la que se incluye

¹ Algunos lugares clásicos del símbolo de la piedra: *Gen.*, XXXV, 9; *Deut.*, VIII, 15; *Math.*, XXI, 42 y XVI, 18; *Is.*, XXVIII, 16; *Mc.*, XII, 10; *Luc.*, XX, 17. También FILÓN, *De Somniis*, II, 221 y *Legum Allegoriae*, II, 86. La expresión «Lapsit exillis» proviene de una contracción fonética de «lapis lapsus ex caelis», y presenta variantes tales como «lapis exilis», «lapis exilix» o «lapis exulis». Sobre la significación exacta de «lapsit exillis», cfr. RENÉ GUÉNON, *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Eudeba, Buenos Aires, 1976, pp. 25 y ss.

en la secuencia misma el simbolismo del corazón y del hombre como templo del Espíritu Santo, arrastrando estos dos últimos símbolos otro complejo simbólico que a su vez se incluirá en la secuencia precedente.

Hemos visto cómo la serie simbólica a la que daba lugar el símbolo piedra reunía, entre otros muchos, significados axiales y ascensionales. En realidad, los símbolos axiales y ascensionales están íntimamente unidos: el eje o centro del mundo sirve de escala por la que ascender hasta las regiones celestiales o superiores. Existe otro símbolo de valor universal que también recoge ambos significados. Nos estamos refiriendo al árbol. En efecto, el árbol posee el sentido axial por servir de punto de referencia y ordenador de la realidad (árbol del Paraíso, Dodona, Gaokarena, Igdrasil, etc.), y encierra también un sentido ascensional que religa lo más hondo del *humus* con lo alto del cielo. Por una y otra cosa, el árbol se intersecciona en la serie simbólica de la piedra, y al mismo tiempo incorpora en ella los elementos de su propia serie, y en primer lugar, el símbolo de la cruz como símbolo axial por antonomasia (la Cruz del Calvario está hecha de la madera del árbol del Paraíso). Por tanto, la serie simbólica de la piedra se corresponde con la serie del árbol por participar ambas series del simbolismo del centro; de igual modo, ambas series se coimplican por pertenecer a los símbolos ascensionales. Efectivamente, la piedra sobre la que descansó Jacob es aquella que propició la visión de la escala por la que subían y bajaban ángeles. El monte, otro símbolo que se inserta en la secuencia de la piedra, es asimismo un símbolo universal de ascensión (Calvario, Meru, Sinaí, Kaf, etcétera), y el templo (catedral, zigurat) o la ciudad (Jerusalén), en lo que tienen de lugares fundamentales y centrales, componen ámbitos privilegiados para la escalada iniciática.

Volvamos ahora al símbolo del corazón. Sabemos que es el símbolo del centro en el ámbito de la espiritualidad humana. Pero como tal centro, se adecua simbólicamente con la flor (rosa o loto), y ésta se inscribe en la serie simbólica del árbol². Así, pues, el corazón se ve envuelto entre dos series simbólicas, de las que recibe sus contenidos

² Ese inefable centro del hombre, asimilado analógicamente al centro de los procesos universales, se representa mediante imágenes que en su ínfima pequeñez quieren hacer ver la fuerza de su expansión a partir de la inaprensibilidad del centro mismo, así: *acies cordis* (S. Agustín), *animi acies* (R. de S. Víctor), *apex mentis* (S. Buenaventura), *vertex animae* (S. Tomás). Por lo cual el símbolo de la semilla será de lo más propicio para designar al corazón como centro espiritual, ya que la semilla recoge el significado de algo diminuto que propicia una expansión desbordante; así, la semilla de mostaza o sésamo. Del mismo modo, y en función del sentido axial, ese símbolo que es el corazón presenta un hueco o vacío que propiciará la subsecuente expansión de la manifestación: *chakra* y cavidad del cubo de una rueda (que lo mismo que *chakra* supone la expansión de los radios) se adecuan simbólicamente al corazón.

simbólicos y a las que aporta su propia significación. Estas dos series, junto con su correspondencia el corazón, participan de tres aspectos simbólicos: fundamental, axial y ascensional. Y a estos tres podríamos añadir un cuarto: el expansional.

Tenemos entonces que la serie piedra-monte-casa-templo-ciudad confluye en la serie árbol-cruz-flor, siendo intercambiables sus contenidos simbólicos; y a estas dos series se les incluye la intersección del símbolo del corazón, con lo que tenemos una sola serie que comprendería: piedra-templo-ciudad-árbol-cruz-flor. Pero podemos ir ampliando estas transitividades e ir encontrando símbolos que se correlacionen con los anteriores. Dijimos ya que a través de la escala de Jacob (símbolo ascensional ligado a símbolos fundamentales y axiales) subían y bajaban ángeles. Por otra parte, el árbol acoge la presencia de los pájaros. Los pájaros representan en el simbolismo tradicional el papel de ángeles o entidades mediadoras entre el cielo (lo inteligible) y la tierra (lo sensible). Los pájaros que habitan los árboles son, en su dimensión simbólica, los ángeles que suben y bajan por la escala de Jacob. Los dos símbolos ascensionales, el árbol y la piedra, sufren un nuevo entrecruzamiento con el símbolo de los pájaros-ángeles, que como estamos comprobando, afecta tanto al árbol (pájaros) como a la piedra (ángeles). Su significado dentro de los símbolos ascensionales se refiere a la presencia de las mediaciones angélicas o hipostáticas (son las inteligencias celestes las que recorren la escala de Saturno dantesca) a lo largo de la escala por cubrir, y en otras ocasiones las mismas mediaciones angélicas o hipostáticas representan los diferentes grados o escalones del ascenso. De ahí que dominar la lengua de los pájaros (la lingua volucrum de Virgilio o el coluquio de los pájaros de Attar) signifique una garantía de la adquisición del conocimiento por parte del iniciado que camina el camino (escala o árbol) ascensional³. La adecuación simbólica entre ángeles pájaros es tan universal que no aducimos ningún ejemplo explicativo. No obstante, existe un notable caso que no queremos dejar sin señalar por lo que tiene de paradigmático en lo que hace referencia a la relación árbol y pájaro-ángel. El texto en cuestión, procedente de un sermonario medieval alemán, lo entresacamos de un excelente artículo del profesor J. M. Díaz de Bustamante⁴, y dice así: «Ista palma debet habere VII ramos et unusquisque ramus unam et unum florem. Primus ramus est consideratio

³ La imagen por antonomasia que asocia la mediación ontológica con el ave la tenemos en la paloma del Espíritu Santo quien, por otra parte, es el que proporciona el don lenguas.

⁴ DÍAZ DE BUSTAMANTE, J. M., *Onerata resurgit. Notas a la tradición emblemática y simbólica de la palmera*, «Helmántica», XXXII, enero-abril, 94 (1980).

sui... super hunc (ramum) nidificat pauo... Super hunc ramum nascitur flos unus boni odoris qui viala vocatur... Secundus ramus contemplationis est compassio Cristi... super hunc ramum nidificat yrena... super hunc ramum crescere flos deglai... Testius ramus est temporalis afflictionis patientia... Super hunc ramum nidificat cignus... super hunc ramum oritur flos lilij... Quartus ramus est compunctio cordis... super hunc ramum nidificat arpia... super hunc ramum nascitur rosa... Quintus ramus est desiderium gloriae... super hunc ramum nidificat philomeno... super hunc ramum nascitur viola... Sextus ramus est visitatio suprema... super hunc ramum oritur solseaquium... Septimus ramus est defectio... super hunc ramum phenix nidificat quae unica est... flos et fructus huius rami est Christus»⁵. Existe, como vemos, una correspondencia entre los siete estados, las siete flores y los siete pájaros pertenecientes a las siete ramas o grados, los cuales se identifican simbólicamente con las siete esferas celestes, imagen típica tanto del proceso ascensional de iniciación como de la vía religadora⁶. Tenemos aquí, pues, un claro ejemplo de la asociación entre los símbolos del árbol, la escala, los pájaros-ángeles y la propia interioridad del hombre que recorre cada uno de los escalones explicitados en los símbolos anteriores. A propósito de la palmera, digamos que este símbolo ha tenido también una especial relevancia en el Islam. Así, la palmera para Ibn Arabí y para los siitas (gnósticos musulmanes) representaba la mediación entre el mundo espiritual y el terreno: Tierra celeste, Eva mística, Imam femenino, etc. Es decir, en todos los casos una simbología que denota la posibilidad de acceso de un ámbito (el sensible) a otro (el inteligible). Por ello, la palmera es asimismo símbolo de resurrección, pues ella surge de un resto de la arcilla que constituye el Hombre arquetípico, al igual que un grano de sésamo se transforma en la emergente frondosidad del árbol. Abundando sobre el significado espiritual de la palmera, la sura coránica 19, 23 ss., presenta a Jesús como naciendo bajo una palmera⁷. De la misma manera, según Karim Jan Kermani, Zaratustra contempla en éxtasis un árbol de siete ramas (oro, plata, cobre, bronce, plomo, acero y hierro) cuyas sombras cubren toda la tierra⁸.

⁵ FLEISCHER, W., *Untersuchungen zur Palmbaumallegorie im Mittelalter*, «Münchener Germanistische Beiträge», 20 (1976), apud, *op. cit.*, p. 35, n. 14.

⁷ Otros sentidos asociados al simbolismo del siete, y que, por tanto, podrían insertarse en la secuencia descrita, son: los siete brazos del candelabro en Filón; los siete Keshvars (climas o regiones arquetípicas) del mazdeísmo; la Hebdómada sagrada o pléroma de las siete hipóstasis arcangélicas de los sistemas gnósticos, ismaelitas, etc.

⁷ Para todo esto, cfr. HENRY CORBIN, *Corps spirituel et Terre céleste*, París, Buchet/Chastel, 1979, pp. 164 y ss.

⁸ *Ibid.*, p. 97. Como vemos, una nueva asociación del siete.

Resumiendo todo lo dicho hasta ahora, tenemos que a la serie piedra-templo-ciudad se le imbrica la secuencia árbol-cruz-flor, y ambas recogen el contenido simbólico del corazón. A la serie formada por todos estos símbolos, en virtud de la transitividad simbólica, se les une el símbolo de los ángeles-pájaros, con lo que las series anteriores concluyen en una serie superior que queda de la siguiente forma: piedra-templo-casa-monteciudad-árbol-flor-cruz-corazón-ángeles-pájaros. Naturalmente, en todas estas correspondencias simbólicas, cada ámbito aporta a todos los demás sus múltiples contenidos significativos, y todos los demás se reflejan en cada ámbito. Estaríamos en condiciones de desarrollar otros posibles sentidos de cada uno de los símbolos tratados, lo que nos hubiera mostrado cómo la trama de la red simbólica se iba espesando progresivamente al ir enlazándose un símbolo con otro y con todos. Así, a toda la serie simbólica anterior, por efecto de la transitividad, podríamos añadir el símbolo cósmico de las siete esferas en su conexión con el árbol, quien, dentro del simbolismo tradicional adquiere el significado de despliegue cósmico (árbol sefirótico), y a todo esto habría que sumar el símbolo de los siete estados interiores del hombre, asociado con los símbolos del árbol, la escala y las siete esferas. Pero nuestra única intención radicaba en mostrar, aunque fuera sucintamente, cuál era el funcionamiento de lo que hemos llamado transitividad simbólica. Esa espesa red de símbolo de la que hablamos supone el establecimiento de una correspondencia generalizada entre todos los estadios de la realidad, de tal forma que se da una solidaridad de sentido entre todos esos estadios, sin que ninguno quede desligado del resto.

JOSÉ A. ANTÓN PACHECO